

HERRAMIENTAS EN LOS TRASTORNOS DEL COMPORTAMIENTO

Saber, como dijo el Abad de Condillac: “Que las ideas para ser exactas son incompletas”.

Todos sabemos lo complicado que resulta en estos tiempos educar. Mientras la medicina o la informática van cambiando sus herramientas a cada momento, pareciese que en la tarea de educar no cambie nada, o lo que a veces es peor, se retroceda. No es que nos hayamos quedado en el premio/ castigo, no. Los chicos de ahora saben que “el premio es inmediato y el castigo es negociado” o que es mejor “pedir perdón que pedir permiso”. Mientras que la familia y la escuela sufren el peor divorcio de la historia, todos sufrimos: primero, por carecer de los conocimientos (Investigación); segundo, porque no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado y los padres, los profesores e incluso los hijos en muchas ocasiones piden ayuda demasiado tarde; y en tercer lugar, porque es muy difícil querer cuando más se necesita ya que suele ser cuando uno menos se lo merece.

Soy optimista por naturaleza, por eso creo que una vez reconocidos los problemas, podremos encontrar los remedios necesarios. No se trata de buscar culpables, la tarea es buscar las soluciones, en definitiva debemos de cambiar de pregunta, no se trata del **¿Por qué?**, sino más bien del **¿Cómo?**

Para poder hablar de las nuevas herramientas necesarias para trabajar en los trastornos del comportamiento necesitaríamos saber cuales han sido las viejas herramientas en los trastornos del comportamiento, y de eso nada hay escrito. Incluso antes, deberíamos de consensuar primero qué es un trastorno del comportamiento. Yo acudo a la definición dada por el proyecto ESPERI:

Son Ocasiones en las que los niños y/o adolescentes muestran un patrón de comportamiento antisocial que vulnera derechos de las otras personas, así como, normas de convivencia y/o reglas socialmente aceptadas para su edad, siendo estos comportamientos inmanejables por personas cercanas al individuo sintomático, lo que provoca, un deterioro progresivo y significativo en el ámbito interpersonal, relacional y laboral

Pero también es un trastorno de comportamiento el pasivo, “los niños sillón”, aquellos que no son capaces de relacionarse, que viven solo para comer y dormir, los cuales, como no dan ninguna guerra, no solemos hablar de ellos y tampoco llegan a los centros.

Hagámonos algunas preguntas:

¿Se trata de un trastorno actual o ha salido a la luz en estos últimos años? Seguro que hay un poco de las dos cosas.

¿Se trata de un problema genético o del ambiente social?

Las personas cambian cuando se dan cuenta del potencial que tienen para cambiar las cosas. Paulo Coelho

Los estudios de genética conductista han probado que la herencia es la responsable de una considerable proporción de variaciones en la personalidad de la gente. Cuánto se debe a los genes y cuánto a las experiencias no tiene mucha importancia. La cuestión es que no puede desdeñarse el valor de la herencia.

Hay herencia, nadie puede discutirlo. También hay entorno. En unos puede influir más la herencia genética. En otros puede influir más el entorno. Lo importante es reconocer las influencias negativas y trabajar sobre ellas, partiendo de la convicción de que los caracteres pueden ser modificables si la inteligencia del sujeto a tratar está preparada para acometer semejante tarea.

Una tarea que consiste en conocer, dominar y socializar.

Todavía queda mucho por investigar, pero una cosa podemos poner de manifiesto, que si conseguimos hacer pensar a quien lo manifiesta podrá entonces modificar su conducta.

Muchos son los que ya se han dado por vencidos en esta lucha, nosotros no, los que estamos aquí no, otros puede que los cataloguen ya como enfermos patológicos o como delincuentes natos, nosotros no, y no lo hacemos por qué hemos visto como salían adelante los casos más complicados. Puede que yo no esté preparado o puede que yo no sea la persona más adecuada para ayudarlo en ese momento, pero hay alguien, en algún sitio, con

más paz que yo, o con más soberbia, o con más humildad, que puede hacerlo.

Imagínense por un momento que tenemos en nuestras manos un ovillo de hilo, hasta que no encontremos la punta desde donde tirar no podremos empezar a coser. Eso es en realidad lo que necesitamos, encontrar la punta: la novia, el trabajo, su afición favorita, su película, su música. La primera pregunta antes de empezar será siempre la misma: ¿Por dónde empiezo?, ¿Dónde está la punta por la que puedo empezar a tirar?

Y creemos, como dice el proverbio africano, que “para educar necesitamos a la tribu entera” y que el grupo de iguales también educa.

Y si la primera herramienta es encontrar el hilo, la segunda es encontrar al adulto o adultos de referencia que pueda trabajar con él y, créanme, que esto también es bastante difícil. Necesitamos adultos que:

1. Tenga vocación, es decir que quieran hacerlo.
2. Tengan profesionalidad, es decir que sepan hacerlo
3. Tengan pasión, es decir que sepan querer y quieran saber.

Por suerte que en el mundo aún queda gente así. No se puede aguantar por dinero que te escupan, te insulten o te peguen. Se puede disfrutar del trabajo cuando sabes, desde la profesionalidad que tienes, que ni te escupe a ti, ni te miente a ti,

ni siquiera te golpea a ti. Golpea a todos, golpea al mundo y se golpea así mismo, es más no golpea él, golpea desde un trastorno, desde no entender quien eres tú para mandarle a él. Imagínense de nuevo que mañana les ingresan a ustedes en un centro de entrenamiento militar, es obligatorio por el bien del país. Ustedes serán clientes forzosos. La actitud de una persona no cambiará hasta que no se dé cuenta de que lo que pretendemos es ayudarlo, no reventarle la vida, no ponerle las normas para satisfacción de un director o un padre sino para que él pueda ser como nosotros. Y ahora si nos miramos unos a otros, ¿somos nosotros el mejor ejemplo, la mejor aspiración para ese menor? Pues tenemos entonces una misión personal: sentirnos orgullosos de nosotros mismos para que los demás puedan tener a quien querer parecerse.

Pero si la herramienta fundamental para los trastornos del comportamiento son los adultos de referencia, lo primero de todo será reconocerlo. Si el mundo ya sabe que para sacar una tuerca hace falta una llave inglesa, aún no sabe ni reconoce al educador. No somos aún una profesión de prestigio que desea ser un niño, se nos quema y no se da valor a nuestra experiencia. Se oye mucho lo de “tienes que visitar a un psicólogo” pero muy poco lo de “te hace falta un educador” y nada lo de “necesitas un terapeuta”. Esta es la clave, ser educador terapeuta; pero en cuanto a las carreras, mejor aún no se puede hablar, existe la de

educador social que poco conocimiento nos da de cómo tratar con los chicos con trastornos del comportamiento, del método que puede funcionar, lo único que nos aporta es conocimiento del problema. Y en cuanto a terapeuta, y en palabras de nuestro buen amigo Giorgio Nardone, se trata de “corregir las mejores intenciones que producen los peores efectos”. O Reflexionen conmigo sobre alguna de las teorías de otro gran maestro: WATZLAWICK.

- Una dificultad se afronta de modo inadecuado y, por tanto, se transforma en un problema si no se actúa cuando se debe actuar.
- Una dificultad se afronta de modo no adecuado actuando cuando no se debería.
- Una dificultad se afronta de modo no adecuado cuando se actúa en un nivel equivocado.
- Un problema persiste cuando se aplica más de la misma solución aunque no funcione.

La carrera de terapeuta no existe en España. ¿Cómo queremos entonces ayudar a los chicos? La buena voluntad no es suficiente.

El dato según la OMS es espeluznante, 700.000 menores lo padecen en España y 1.300.000 están en riesgo de padecerlo. Nuestra inversión, hablando en términos económicos, es gastar

algo en intervención urgente, nada en prevención y menos que nada en seguimiento. Si no gastamos dinero en seguimiento nunca sabremos lo que funciona y lo que no. Si no gastamos nada en prevención deberemos gastarnos más en cárceles.

Naturalmente que las herramientas a utilizar serán distintas dependiendo de si el trastorno es leve, moderado o grave, pero también dependerá del menor al que tenemos que ayudar. Todavía no se ha inventado la aspirina que cure a todos. Si conociéramos a una hechicera que en medio del desierto los curase, allí los mandaríamos a todos, es más se les manda a muchos sitios con tal de que no den guerra y no salgan en los periódicos. Se trata aún de una enfermedad vergonzante y que produce demasiada frustración y sentido de culpabilidad en los padres, y que las administraciones o nuestra conciencia social no se atreve a reconocer. Lo que ahora vemos es un trastorno de nuestra sociedad del bien estar, pero sólo vemos la punta del iceberg. Sin hacer nada esto no se arreglará.

Ustedes han venido a este congreso a por una fórmula mágica y después de muchos años de experiencia debo de decirles que yo no la conozco, que cada caso requiere de una herramienta distinta. Ahora bien, quisiera mostrarles lo que después de tratar a muchos ha funcionado.

Deberemos de diferenciar entre las herramientas de prevención y las de intervención. Debido al poco tiempo que tenemos veremos las que se refieren a la intervención, aunque

algunas como las que citaré en primer lugar son comunes a ambas:

-El tiempo: El tiempo necesario en la intervención y el tiempo del propio individuo al que tratamos. Ninguna intervención podrá ser adecuada sin emplear los tiempos necesarios. La mayoría de edad es un hecho civil, no un hecho que produce la curación por si sola. Consideramos que en los casos graves no puede ser menor a los 12 meses de ingreso y tampoco superior a los 24, ya que si supera este tiempo tendremos a un menor institucionalizado y por lo tanto cronificado. No debemos olvidar que en cualquier centro del mundo los menores vuelven a estar ingresados con otros que acaban de llegar y se produce en ellos una empatía hacia el trastorno.

La edad de nuestro menor es uno de los factores que más nos pueden ayudar como herramienta, cuanto antes procedamos a la intervención, menos peligros tendremos de llegar a otros trastornos más peligrosos.

-El espacio: No todos los espacios nos ayudan, no todos los espacios son terapéuticos, contenedores o educativos, algunos son en exceso contenedores y otros son en defecto. Un trastorno leve no debe de ser tratado en un centro cerrado o semi cerrado, un trastorno grave no puede ser tratado por la familia, ya que la

familia se ha convertido en un instrumento más para dicho trastorno. Un menor que sale de un centro terapéutico no puede volver a un centro normalizado. Los menores tienden a emborracharse de libertad y, de esa manera, volver a lo pasado. En España existen muy pocos centros de autonomía e inserción para estos menores.

-Y como herramienta común necesitamos un compañero de viaje sólido, esto es, una institución sólida a la vez que coherente. Todos los estudios demuestran que un menor que es educado desde lo estricto o desde lo más liberal, no sufre tanto como aquel que recibe distintos mensajes de distintas personas. No vale ser uno el bueno y otro el malo. Todo el equipo debe de trabajar en la misma dirección, y para trabajar con coherencia necesitamos instituciones con coherencia y administraciones con coherencia, no que ingresen al niño por haber tosido, ni tampoco aquellos que ingresan al menor sin prepararle primero y preparar al equipo que lo va a recibir.

-“Con especial cuidado deberemos tratar su diagnostico”

Una vez que categorizamos o diagnosticamos a cualquiera (hacemos entrar a la persona en una categoría patológica), nos sentimos impulsados a buscar aquellas características y actitudes de la persona que pueden ser englobadas en la categoría creada.

Sobre esta base ponemos en movimiento una serie de mensajes comunicativos que el otro registra y que lo llevarán a comportarse como prevé el diagnóstico. A su vez, nosotros registraremos los ajustes que confirmarán nuestra teoría. Las etiquetas influyen tanto a la persona etiquetada como a todos los demás, actuando sobre todos nosotros como una profecía que, por el solo hecho de haber sido pronunciada, logra desencadenar el acontecimiento previsto, esperando, confirmando así la propia veracidad. (Watzlawick, 1981)

En el libro titulado *Pigmalión en Clase*, el psicólogo Robert Rosenthal (1972) describe los resultados de sus experimentos en el Oak School. En esta escuela elemental de 650 alumnos y 18 maestros, se indujo una profecía autodeterminante a los profesores. A través de unos test se le iba a indicar a los maestros el 20 % de sus alumnos más inteligentes. Recibieron la lista con los nombres de los mejores dotados. Fueron nombres totalmente arbitrarios, no existía ninguna diferencia entre ellos y el resto. Al final del curso, los profesores comprobaron que los nombres de estos alumnos eran los de sus mejores estudiantes y que los niños habían destacado además, por su buen comportamiento y por su curiosidad intelectual.

La sociedad actual, necesita colocarlo todo, pero a veces sucede que coloca en un lugar a quien debería de estar en otro.

Nuestra intención no está en colocar, sino en reconocer, necesitamos un diagnóstico claro y no 25 distintos, sin ese diagnóstico nuestro trabajo será en vano.

Los estudios de herramientas en otros países evaluados a partir del F-COPES (McCubbin et al.,1981) en una muestra de 386 padres (193 matrimonios) con hijos adolescentes y trastornos del comportamiento leve les dieron los siguientes resultados:

- A) Las estrategias de afrontamiento usadas y consideradas útiles en mayor medida son la de reestructuración y la de obtención de apoyo social.
- B) Seguidas de la evaluación pasiva, el apoyo espiritual y la movilización familiar.

Después de haber citado alguna de las herramientas comunes, me gustaría hablarles del método O´Belén, método que lleva poniéndose en práctica y modificándose desde hace ya más de 15 años y en el que muchos expertos de reconocido prestigio han tenido un importante papel. Dicho método nos habla de unas llaves inglesas, comunes en todos los casos y unas llaves fijas que intentan adaptarse a cada caso, por falta de tiempo no podré extenderme en él, pero ustedes podrán ampliarlo en un libro editado por Caja Madrid titulado *El Método* y que pueden solicitar, ya que Caja Madrid lo ha editado de forma gratuita.

Las llaves inglesas:

1. La capacidad para hacer pensar.
2. Los límites.
3. La esperanza.
4. El saber perdonar y perdonarnos.
5. La expresión

1. La capacidad para hacer pensar: Saber pensar, saber ser y saber desaprender.

Nadie que piense que no necesita ayuda, aunque la precise urgentemente, podrá ser ayudado. Muchos chicos creen estar seguros de que no tienen ningún problema, de que el verdadero problema reside en la sociedad o, incluso, que se encuentra en los demás. Pero en los hechos, ellos no tienen ningún problema.

Dave Pelzer, en su autobiografía de niño que sufrió muy pronto la violencia, cuenta que cada vez que se sentía acorralado su boca comenzaba a vomitar palabras de ira y de odio sin que ni siquiera pudiera analizar lo que decía ni el por qué. Las experiencias sufridas por el autor pudieron anularle la capacidad de pensar. Al contrario, los menores deben disponer de las condiciones externas e internas para ir adquiriendo un razonamiento lógico, estructurado, distintivo, maduro, cuestionable, flexible y que puedan adquirir las suficientes

habilidades como para convencer, triunfar y conquistar sin necesidad de usar la violencia, sea física o verbal, activa o inactiva (aquella que puede realizarse por omisión).

El desarrollo del pensamiento no se conseguirá si inicialmente y sin esfuerzo lo damos todo hecho. La capacidad de pensar sólo se consigue ejercitándola, como puede ser mediante la búsqueda de soluciones a problemas concretos. Esta búsqueda, que puede ser individual o grupal, puede llevarse a cabo con la simple confección de un horario de trabajo o a través de la preparación de una entrevista o de un examen. Si el adulto pone sólo la norma, el menor no podrá buscar, ni ejercitarse, ni equivocarse, restándole medios para ir adquiriendo esta capacidad. Confucio decía: "Aprender sin pensar es inútil. Pensar sin aprender es peligroso". Si hay pensamiento negativo existe, al menos, la posibilidad de desarrollar pensamiento positivo.

Generar la capacidad de pensar nos lleva a poder analizar. Cuando un adulto no sabe lo que quiere ser entonces decimos que es un niño. Cuando a un niño no le hacemos pensar, le estamos dificultando llegar a ser adulto. Muchos quieren escapar al pequeño compromiso adquirido. Quieren huir del pensar porque esto los obliga a cambiar, a modificar, a crecer. El adulto además de comprender el sufrimiento del joven que está aprendiendo a pensar, debe tratar de no evitárselo, ya que ello forma parte del esfuerzo requerido para la conquista de este reto.

Nuevamente es Dave Pelzer quien, ya convertido en prestigioso conferenciante, sostenía:

"Si yo he podido tragar amoníaco, aprender a hablar después de años de tartamudez, si pude vendarme después de haber sido herido con un cuchillo y si no estoy como un cencerro, después de toda la mierda del mundo, ¿quién les va a detener a ellos? ¿Y quieres saber lo peor de todo? Pido a Dios que ellos, que toda esa gente, no sepa jamás como me siento por dentro. Hay quienes piensan que soy maravilloso y todas esas cosas, pero no me siento ni con derecho a mirarles a los ojos. ¡Nunca! Ya sé que no soy inteligente y que soy un don nadie. No soy frío, ni suave, ni elegante (...), pero soy auténtico. Con cada gramo de mi cuerpo, en cada bocanada de aire, te juro que intento dar lo mejor de mí. Conozco como se siente uno siendo un cero a la izquierda y quiero que todas las personas con quienes me encuentre crean que son números uno. Que alguien les deje pensar, les deje decir y puedan decir 'aquí estoy yo para hacerlo'".

Estamos ante un referente de cómo adquirir no sólo la capacidad de pensar sino, también, la de comunicar o transmitir eso a los demás. Sin el ejercicio de pensar no hay proyecto, no

hay inserción, no hay posibilidad de reinventar nada. Sin pensar hay violencia, pasividad, individualismo. Nadie que no sepa que necesita ayuda podrá ser ayudado. Esta cualidad, la de generar la capacidad de pensar, puede ser concretada en tres principios fundamentales:

- 1- Dejar que el niño, desde muy pequeño, pueda pensar cómo solucionar su problema. Esto es viable a partir de actividades simples tales como dejarlo terminar el rompecabezas, permitir que arregle el disgusto con su hermano o obligarle a organizar su tiempo
- 2- Que los adultos de referencia sepan que su lugar puede ser el de la persona a ser consultada y no el de solucionador de los problemas. Los padres desean que sus hijos no tengan ningún problema y suelen estar tentados de solucionárselos, incluso antes de que el problema se presente o sea visto por el menor. En este sentido les hacen los deberes, les recogen la ropa o les hacen la cama. A esta forma de actuar podemos llamarla: exceso de intervencionismo
- 3- Abriendo siempre más posibilidades. Se trata de elegir sobre un abanico lo suficientemente grande. Ningún problema tiene una única solución. Cuantas más alternativas demos, más capacidad generaremos para no quedarnos sin salida.

Muchos de los suicidios en adolescentes se han producido por carecer de esta cualidad. Una vez deprimidos se sienten incapaces de pensar y buscan como única solución la muerte. Es cierto que los sentimientos juegan un papel importante, sobre todo en la adolescencia, pero el deber de los educadores está en poner el pensamiento por encima del sentimiento. Esto no significa hacer del hombre un ser puramente racional sino, al contrario, se trata de racionalizar al ser. Si conseguimos hombres con la suficiente capacidad de pensar, podrán incluso cambiar su herencia y su propio carácter.

Esta cualidad se adquiere gracias al conocimiento, a la discusión, a la crítica y a la conclusión. Si un niño está sentado todo el día delante de un televisor, sin duda alguna adquirirá conocimiento (puede que un conocimiento perverso, pero conocimiento al fin). Pero si no tiene con quién discutir lo que ve, si no tiene la capacidad de crítica, no llegará a una conclusión (o su única conclusión será la del binomio placer-dolor) y se tragará todo lo que le pongan, sea lo que sea. Su formación será entonces como la de una grabadora que introducirá todo aquello que le pongan.

Si un niño lee un libro, en ese momento adquiere un conocimiento, aunque sea un libro sobre ciencia ficción, pero necesita poner en común, discutirlo con un adulto. Ello le sirve para diferenciar lo que es imaginación y realidad, quiénes son los buenos y los malos, qué pretende el autor con ese libro, etc. Más

tarde, el niño debe conseguir hacer una crítica: ni todo vale, ni todo es bueno, ni todo es malo. Su crítica personal es uno de los valores más importantes. Por último, en la conclusión debe poner su voluntad a trabajar: -No veré más este programa; -Se acabaron los tebeos; -Ahora voy a empezar a jugar a otros juegos menos violentos. Generar la capacidad de pensar es conseguir que él mismo se pueda abrir nuevos caminos, nuevas vías, nuevas oportunidades.

2. Los límites:

Todos los juegos del mundo poseen instrucciones concretas, en algunos lugares las normas cambian y por eso cuando personas de distintas procedencias se sientan en torno a la mesa, aclaran cuáles son las normas con las que van a jugar. En el mus, por ejemplo, se ponen de acuerdo si juegan a 30 ó a 40, si vale o no la 31 real. En el parchís: si cuentan 20 ó 25 cuando se comen uno a otro, si vale comer dos seguidas, etc. Todos nos tenemos que atener a unas normas si queremos que el juego sea válido y no se convierta en una suerte de pelea y frustración para todos.

En muchas familias no se conocen las normas, en otras no cambian nunca. Si yo fuera a tu casa, ¿me podrías decir a qué hora se come? ¿A qué hora nos acostamos? ¿A qué hora se llega por la noche? Las normas deben de cambiar según las edades, según la época del año, pero sobre todo, deben de cambiar

dependiendo de la responsabilidad que cada uno vaya adquiriendo, hasta que en un futuro el hijo se pueda convertir en “la banca”.

Otros jugadores, cuando echan las cartas, puede que se salgan algo del tapete, otros, en cambio, prestarán menos atención al juego, mientras que habrá también quienes estarán pensando en sus cosas. Hacer esto no significa no cumplir, más bien es un desarrollo específico de cada uno, siempre y cuando su actitud no perjudique la mucha marcha, la buena marcha de lo comunitario. He querido empezar con este ejemplo, para destacar la importancia de jugar, de enseñar a jugar, de saber ganar y de saber perder, de poder superar un estado anímico, y para poder contemplar como todo tiene sus normas, hasta lo más extraño que se pueda imaginar.

Precisamente los límites vienen puestos por las normas. Unas son universales (como la noche y el día), otras son más sociales (como las horas de llegada o los alimentos que se pueden comer o no) y otras son familiares. Pero los límites no son tan sólo algo externo, sino que también implican nuestra capacidad de contenernos y de saber contener. Si nos dejamos llevar por los instintos o por los sentimientos, no podremos pedir al otro que se acople constantemente a nuestra visión particular. Un límite es aceptado cuando ambas partes así lo han decidido. Ni siquiera la fuerza ha dado la razón a los países invasores que cambiaron de lugar sus fronteras. Naturalmente que a un niño pequeño hay que

darle los límites sin ni siquiera preguntarle: la hora del biberón, la hora de la siesta, etc.; a estas situaciones las llamaremos “costumbres”.

A veces nuestro límite se aleja demasiado del límite del otro y le exigimos por encima de sus posibilidades. Esto ha ocurrido frecuentemente en los estudios y a lo único que ha llevado es a la frustración del otro. Es conveniente diferenciar el “límite” de la “exigencia”, de la “motivación”, del “reto”. Son otras fórmulas para conseguir que el otro haga algo. En cambio, “limitar” es un verbo que el diccionario de la real academia define como: *“Fijar la mayor extensión que pueden tener la jurisdicción, la autoridad o los derechos y facultades de uno”*. También los niños deben saber poner los límites con sus compañeros, en sus conversaciones, en sus cosas.

Si los padres no pusieron nunca límites a sus hijos, no les pueden pedir que cuando sean adolescentes empiecen a respetar unos nuevos límites. Si al niño le hemos dejado jugar con todo, hablar de todo, verlo todo, crearse su propio horario, sin ninguna pauta responsable, nos encontraremos con uno de los mayores peligros: que crean que su territorio no tiene fin, que han fijado una extensión tan grande que los demás pueden ser anulados. No podemos movernos por impulsos: hoy darlo todo, hoy todo vale y mañana, en cambio, cerrar tanto el círculo que ni siquiera su palabra valga para algo. Hay límites demasiado estrictos, otros demasiado generosos, pero ambos cumplen el mejor de los

requisitos: definen fronteras. Da igual si todos decidimos que al comernos la ficha del compañero nos contamos 60, pues todos hemos aceptado esa norma y, por lo tanto estamos en posesión de un límite.

Cuando el límite no ha adquirido suficiente respeto por parte de todos, llegará la guerra, por mil kilómetros más o por un sólo centímetro. El “no” siempre debe de ser un “no”; el “puede”, un “puede” y el “sí”, un “sí”. Los tres por separado educan. Los tres juntos distorsionan. El límite debe de ser aprendido desde muy pequeño. Si en tu caso no hemos llegado a tiempo, te recomiendo, en primer lugar, escribir los que aún conserves aunque estén muy lejos. Firma un tratado de paz y poco a poco se irán haciendo capitulaciones. No hay que intentar recuperar de un golpe todo el territorio perdido. Ninguna batalla se ha ganado ni se ha perdido en una hora. Sólo un cambio de espacio y de adultos de referencia podrían cambiar todos los límites de golpe. Cuando no hay capacidad de pensar ni queda esperanza, ni siquiera hay alguien en quien apoyarse, los hábitos de la vida y las posibilidades obtenidas serán el único espacio donde poder vivir como persona; por esta razón debemos de poder incrementar el autoconocimiento.

Los jóvenes sin suficiente autoconocimiento, escribe Rojas Marcos¹, *"son fríos, no sienten ni alegrías ni penas, ni placeres ni dolores. No tienen apetito por la vida sino más bien sienten un*

¹ Rojas Marcos, Luis (1995) Las semillas de la violencia. Ed.Espasa

amargo rechazo, un irritante desdén y fastidio hacia ella. Rabiosamente insatisfechos, resentidos, desmoralizados, crónicamente aburridos, persiguen sin descanso vivencias malignas que les distraigan momentáneamente del vacío y la banalidad de su existencia". La única forma de que una persona en evolución respete un límite consiste en que se lo proponga y sea capaz de mantenerlo. Y aún así puede olvidarse con facilidad, rebasarlo, justificar su paso y olvidarse por completo del otro. Nuestra misión consistirá no solo en volver a situarle en su límite sino, sobre todo, en ponerle en el lugar del otro: *"Sólo un clima en el que se sientan reconocidos y queridos hará posible la aceptación del límite"* (Cornelia Nitsch). Los seis puntos más importantes a la hora de establecer los límites son:

A. Inspirar confianza, seguridad, disponibilidad. Todos ellos referentes básicos.

B. Iniciarse con pocas normas para defenderlas mejor. Un exceso de preceptos consigue crear confusión y acaba siendo ineficaz. No olvidemos que se necesita el doble de trabajo en reinventar la vida de una persona que el transcurrido en conflicto.

C. Ser flexible. Es importante repasar de forma constante la validez de los límites. Los que tienen sentido en un momento determinado, pueden ser retirados un tiempo después cuando ya se ha asumido como costumbre. Un límite o norma puede ser

lavarse los dientes, ya que no lo ha hecho nunca. Sin embargo, para quien lo tiene asumido puede no verlo como tal.

D. Dar sentido al límite, es decir, entenderlo y respetarlo. Un límite sin una explicación no es un límite. Es un motivo más para una lucha despiadada. Además, es preciso que sea respetado por quien los pone. No podemos pedir que se madrugue, si nosotros no somos capaces de madrugar. Y los chicos pondrán a prueba e incluso buscarán saltarse los límites para reafirmarlos. El límite existe si se respeta por ambas partes, si todos los cumplen, si todos aceptan las consecuencias de no hacerlo.

E. Auto-controlarse. Aunque el joven parezca buscar "sacarnos de nuestras casillas", "provocarnos", "desautorizarnos", nunca debemos perder el control. Una vez que hemos roto un límite, le estamos diciendo a él que también puede hacerlo.

F. Reflexionar con serenidad cuando se haya transgredido. Una vez saltado el límite y si es necesaria una medida sancionadora, tendremos que buscar más allá: ¿qué le ha llevado a romper ese límite?, ¿qué necesidad tiene, real o imaginaria, para no respetarlo?, ¿con qué objetivo?, ¿cuál es el conflicto de fondo? No vale quedarse sólo con el acto. La trasgresión de los límites pueden ser pistas que nos indiquen otro camino. Cualquier actuación después de una trasgresión debe partir de un trato respetuoso y amable, de un estado tranquilo. No puede ser cruel ni para quien lo pone, ni quien para lo recibe.

Un hombre no puede vivir sólo de límites sino que requiere también posibilidades, sueños que quiere hacer realidad. Y para ello emprenderá cualquier camino de esfuerzo y sacrificio por alcanzarlo. La edad más difícil para asumir límites es la adolescencia. La edad más fácil para aumentar las posibilidades es la adolescencia. Es importante que los jóvenes aprendan lo que se debe hacer. Está bien muy bien, son sus deberes y sus límites, aquellos que se han auto impuesto. Pero es igualmente necesario que descubran lo que ellos mismos pueden hacer o aspirar, a lo que ellos mismos pueden llegar.

3. La esperanza

La concepción de la existencia como un itinerario, como un recorrido, como un viaje *-in vía-* nos traslada de alguna manera a la visión del hombre en los autores clásicos². Como *homo viator* ha hecho del camino la metáfora del humano existir. Proyectar, futurizar y esperar son los rasgos que definen al ser humano. Analizar la esperanza es detenernos en una concepción del mundo con sentido. Introducirnos en el esperar como actitud es acceder al verdadero núcleo de la persona humana y de su quehacer. "Das Princip Hoffnung" publicado por Ernest Bloch en 1954-1955, significó a los diez años de finalizar la Segunda Guerra Mundial y mientras el existencialismo hacía mella en la

² Ulises, según nos cuenta Homero y Abrahán, según el Pentateuco, son dos concepciones del "Homo viator" que sostienen imprescindibles referentes en cualquier humanismo.

conciencia europea, un aldabonazo desde el otro lado del telón de acero. La ruptura de su autor desde la antigua República Democrática Alemana con el marxismo dogmático y oficializado, no era una renuncia a su original lectura de la tradición marxiana, sino una madura y coherente apuesta de este “*profeta de la razón utópica*” -como lo denomina J. Gómez Caffarena, o como lo analiza Monseñor Manuel Ureña en su tesis doctoral³-.

Las cinco partes de este tratado sobre la esperanza son:

- Informe: ensueños y deseos indisciplinados del hombre de la calle.
- Fundamentación sobre la teoría de la conciencia anticipadora.
- Transición: ilusiones del hombre ante el espejo, escaparates, fábulas, viajes, filmes, escenarios, etc.
- Construcción: suelo inmediato de un mundo mejor, utopías médicas, sociales, arquitectónicas y geográficas.
- Identidad: imágenes desiderativas del instante planificador (moral, música, concepciones varias de la muerte, naturaleza auroral, Sumo Bien) que son como otros tantos tiempos de esa universal ascendente sinfonía de la esperanza del hombre.

Bloch entrelaza dos términos de forma dialéctica en sus páginas: la razón y la esperanza. Ambos le sirven de permanente nervio para entender la realidad. Ni razón sin esperanza, ni

³ Ureña Pastor M. (1980?) El pensamiento de E. Bloch (sic) BAC.

esperanza sin razón. Esta meditación desde la Europa del Este tenía en nuestro país una paralela reflexión en “*La espera y la esperanza*” publicada en 1956 por Pedro Laín Entralgo quien, tras más de veinte años de investigación, realiza una relectura de aquella obra juvenil que fuera utilizada en su discurso para entrar en al Real Academia y que publicara en 1977 con el título “*Antropología de la esperanza*”, discutiendo con el trabajo de Bloch. Según Laín Entralgo, son tres las preguntas que podemos hacer a la esperanza:

1. ¿Quién espera? ¿quién es la persona que ejecuta este acto? El sujeto o protagonista en la espera de la esperanza auténtica es inmediatamente la realidad psico-orgánica del esperante, es decir, uno mismo. Mediatemente, la humanidad entera y últimamente el todo de la realidad cósmica. En esperanza y en realidad la materia se humaniza con la existencia del hombre y no sólo por la vía evolutiva llega la humanidad a la materia, también lo hace por la operativa.
2. ¿Qué es lo que hace esperar?, ¿cuál es la facultad que nosotros podríamos denominar mecanismo si tomáramos el símil de la ingeniería, que permite esperar? La motivación de la esperanza humana se articula entre una impulsión y una atracción, algo que nos impele a esperar y algo que nos aparece como deseable nos incita y atrae al ejercicio de esperarlo.

La interpretación de la realidad psicológica, que sobre los motivos o impulsos cardinales ha dado la psicología profunda –

Freud, Adler, Jung- no satisface a Bloch. Al primero le llama “pequeño burgués”, “capitalista e imperialista” al segundo y, “furibundo fascista” al tercero. Tales anecdóticos dicitos no deben ocultar que para Bloch el impulso fundamental no está en la libido o en el apetito de poder. Ninguno de ellos tiene la hondura y la primariedad del hambre. El hombre es como aguijón en la realidad y en la dinámica de la vida. Por ello, el más básico y el más nombrado de los instintos no es el de reproducción sino el de conservación. Los conflictos neuróticos del proletariado no consisten desgraciadamente en cosas tan elevadas y burguesas como “*la fijación de la libido en ciertas zonas erógenas*” (Freud) o en “*una mala adaptación de la máscara del carácter*” (Adler) o “*la regresión incompleta a las época primigenias*” (Jung). La angustia ante el paro, la dificultad económica para llegar a final de mes son también, y de grave manera, una forma de castración al menos tan simbólica como real. Pero, para que el deseo esperanzado en el seno del impulso que se trate –hambre, libido, afán de poderío- pueda operar, aquello que Bloch llama “*impulso de la auto implicación hacia delante*” -impulso presente en todos los hombres, pero más vigoroso en unos que en otros-, se requiere un temple fundamental del ánimo y de la conducta. La espera activa es su consecuencia inmediata y ésta puede y debe transformarse –“*cuando el hambre se trueca en fuerza explosiva contra la prisión de la miseria*”, dice Bloch- en genuino “*interés revolucionario*” .

3. ¿Qué se espera?, ¿cuál es el contenido de lo esperado?

Asumida la realidad de la persona, quien espera lo hace con toda la realidad, pues hay algo que le impele a tal actividad, una pulsión de la vida inconsciente que tiende a ser utopía racional. Porque fuera de él descubre una posibilidad real que le atrae con especial fuerza, un incitante “todavía no” que puede convertirse en “ya”. El objeto de la esperanza del hombre es a la vez “algo” y “todo”. Espera la felicidad, espera un bien que para él sea “sumo bien”.

Pero este concepto que en Bloch es concordante con su análisis, para una parte de los humanismos es vacío, ocioso y absurdo. Tal es el caso de los existencialistas, los positivistas, los ateos o los agnósticos. Cualquiera que sea su manera de serlo. Mientras que otros humanismos como los personalistas, cristianos o marxistas, el “sumo bien” es una posibilidad real de la existencia humana y, por tanto, pensable y alcanzable. En definitiva, merecedora y exigente de esperanza. Si bien la adopción del modo marxista o del modo cristiano para dar razón suficiente del sumo bien es el resultado de una opción transnacional, ante esta actitud o herramienta debemos de poner la fórmula magistral de Piere Aulagnier: *"Sólo podemos poner en evidencia condiciones necesarias pero nunca suficientes"*.

Esperanza va más allá del simple y a veces pasivo esperar. No es posible la esperanza sin la confianza que significa darle a entender que se puede lograr lo que solicita o desea. Pero si no ha

ido desarrollando la capacidad de pensar, puede suceder que lo que desea sea ilícito. Por lo tanto, la esperanza no podrá ser anterior a generar la capacidad de pensar. Un compromiso que no se cumple, se convierte en desengaño es decir, abre la puerta a no esperar, a no luchar, a no esforzarse. En una palabra, abandonarse a la primera fuerza que llegue. Tampoco se pueden dar falsas esperanzas cuando no se pueden cumplir por su misma dificultad o por la falta de capacidad para llegar ellas.

La esperanza consiste a veces en recordar tan sólo que lo sufrido no tiene necesariamente porque volverse a repetir. El fracaso, el abandono, los malos tratos, las esclavitudes, la degradación, la humillación no tienen porque volver a suceder. La herida está curada aunque siempre quede una cicatriz. La esperanza consiste, otras veces, en abrir los ojos para poder ver otros caminos distintos a los vividos. En algunas ocasiones se trata de ver lo más alto de sí mismo: ¡Puedes llegar! ¡Puedes hacerlo! ¡Puedes conseguirlo!. A veces, cuando falla tu esperanza, es imprescindible tener a alguien que crea en ti. Contar con la esperanza de los otros sobre ti.

La esperanza puede tener un gran peligro: proyectar en el otro, por su bien, aquellas expectativas que en mí no fueron cumplidas, es decir, querer hacer vivir al otro una esperanza que no es la suya. Ningún hombre puede vivir sin esperanza, ningún niño puede vivir sin esperanza, la falta de ella es el paso más cercano a la muerte. En los hospitales cuentan, que cuando a un

enfermo terminal le dicen que va a morir, es decir le matan su esperanza, muere antes. Nada apega más a la vida que la esperanza, que la posibilidad de hacer un sueño realidad o de cambiar una tragedia en aceptación más serena mucho antes que en alegría⁴. Una de las grandes esperanzas de los chicos difíciles es volver a reunir a su familia muchas veces rota y dispersa, y por ello se preguntan Jean Pierre y Laetitia Chartier en su libro *Los padres mártires*⁵.

¿Por qué ese encarnizamiento crítico contra la familia a la que se hace responsable de todas las desdichas, grandes o pequeñas, del niño? Toda persona, niño o adulto, y la familia pueden ser reconstruidos o, al menos, perdonados. Sin este paso, sin el perdón, no hay posibilidad de mirar hacia delante y entonces se contempla la vida como lo sucedido y nunca como lo que sucederá. Y en lo que todavía no ha sucedido cabe la ayuda, la esperanza a la familia. Porque quien consigue hacer brotar en él la esperanza, la puede hacerla brotar en otros. ¿Qué pasa cuando se busca ayuda y se encuentra sólo incompreensión? ¿Qué pasa cuando ya no se tiene ni a quién más acudir? ¿Qué pasa cuando ya no se tiene ni fuerza, ni esperanza? Quien pierde la esperanza, pierde la capacidad de vivir en plenitud la vida.

4. Saber perdonar y perdonarnos

⁴ Lewis. Una pena en observación

⁵ Jean Pierre y Laetitia Chartier

¿Qué sería de una sociedad que no perdona? ¿Qué sería de una familia que no perdona? ¿Qué sería de cualquier ser humano que no se perdona a sí mismo? Es seguro que sin perdón no puede haber vida, ni familia, ni persona capaz de sobrevivir con sentimiento de culpa. Todos cometemos errores y todos necesitamos al menos dos perdones: el personal y el ajeno. El perdón a uno mismo, a la sociedad e incluso a aquellos que nos han hecho daño es indispensable para poder reinventar cualquier vida.

5. La expresión:

Debemos buscar la mejor formula para que aflore lo que sucede por dentro. Da igual que la expresión sea verbal, musical o por escrito. Nuestra misión será ver por encima del silencio o por encima de la violencia.

Las llaves fijas: Responder a las expectativas, realizar tareas, vincularse, enseñar a sufrir, soñar, tener paciencia, escoger el momento y el lugar oportuno, tener buen humor, respetar, dar ejemplo, saber reconocer lo poco, hacerse entender, dar al menor el verdadero valor que tiene, la pedagogía de lo escrito y de la presencia, saber celebrar, el grupo de iguales, la gratitud, ser original, ser prudentes, el contrato conductual, ser constantes...

No deseo ni por un momento dudar de la herramienta farmacológica, cada vez están llegando más y mejores medicamentos, pero para hablar de ellos ya contamos el año pasado con grandes psiquiatras. De lo que estoy seguro es que si

el catarro se cura con medicamentos y en cama, el trastorno de comportamiento grave necesita el centro como el catarro la cama.

Creo que hay muchas más herramientas: la musicoterapia, el trabajo, los animales, el estudio, los viajes, el cambio de residencia o el cambio de centro, la familia acogedora, los juegos o las películas, pero de lo que estoy seguro es de que no todos sirven para todos y lo fundamental es encontrar la herramienta oportuna en el momento oportuno. Todas ellas importantes y de las que se debe hablar y estudiar sus resultados, yo solo les he citado un pequeño plano de la ciudad, espero que con su ayuda podamos ir apuntando muchas más y haciendo un estudio serio y formal para indicar cuales son las que funcionan, tanto en los casos leves, moderados o graves. Espero sus estudios en el correo electrónico presidencia@obelen.org y deseo que no se olviden que en febrero comenzará el primer master sobre los trastornos del comportamiento. Necesitamos a la tribu entera y todos los que estamos aquí somos parte de la tribu que aún cree en que la vida se puede re-inventar.

Ya sé que me puede pasar como aquel cuento de las ranas, ya saben:

Había una vez cuatro ranas que se encontraban sentadas sobre un tronco que flotaba en la orilla de un río. De pronto el tronco fue llevado por la corriente que lentamente lo empezó a arrastrar. Las ranas, sorprendidas por lo que estaba sucediendo, observaban interesantes el movimiento y al cabo de un rato la primera dijo:

-Este tronco se mueve como si estuviese vivo, como si tuviese algo dentro que le empujará a moverse.

La segunda, mirando con contrariedad a la primera y dirigiéndose a las otras dijo:

-No, queridas compañeras, este tronco no se mueve, es el río que nos transporta y que lo hace mover.

La tercera añadió:

-No se mueve ni el tronco, ni el río, son nuestras mentes las que se mueven y nos hacen ver el movimiento.

Las tres ranas comenzaron a discutir y no lograban ponerse de acuerdo. Se dirigieron a la cuarta que había escuchado en silencio y le pidieron su opinión:

-Se mueve el tronco, el río y vuestro pensamiento. Ninguna se ha equivocado, todas tenéis razón.

Entonces, las tres se encolerizaron, porque ninguna quería admitir que la suya no fuese la verdad completa y sucedió que tiraron a la cuarta al agua.

No importa, compartir siempre tiene sus riesgos, pero sus beneficios son mucho mayores.

Gracias por su valioso tiempo.

Emilio Pinto Rodríguez.